

carpados precipicios y por las vegas floridas, por los secos eriales y por los jardines amenos; le acompaña de día, le acompaña de noche, y no se le separa en la pobreza, ni en las enfermedades, ni en las mas graves y horrosas tribulaciones. Y á las mujeres que mas contentan á sus maridos por sus bellas prendas se aventaja en varias cosas: 1.^a En que no ocasiona gastos de consideracion. 2.^a En que no es mudable, y está siempre de igual humor. 3.^a En que no se envejece, siendo su beldad siempre antigua y siempre nueva. 4.^a En que no inspira celos. 5.^a En que no muere.

Con tan incomparables cualidades bien merece la verdad que el entendimiento se apasione de ella, la tome por esposa y la ame cordialísimamente. No tendrá que arrepentirse, no tendrá que temer ni que sentir su muerte, porque es inmortal, y su belleza conserva siempre una vigorosa lozania y una frescura inmarcesible. Aun hay mas: por muy altas y poderosas razones se halla sabiamente establecido que el hombre no tenga mas que una sola mujer. Pero esta ley no rige en el matrimonio del entendimiento con la verdad. Puede este desposarse con muchísimas verda-

des al mismo tiempo y tenerlas siempre consigo, sin que riñan, sin que se desazonen unas con otras, y viviendo todas ellas como hermanas muy queridas en dulce paz, y trabajando juntas por complacer á su esposo, por regalarle y servirle con fidelísimo amor.

CAPÍTULO XXII.

La verdad y el error en sus relaciones con la felicidad del pensamiento.

Yo compararia la belleza de la verdad á la de Raquel, la cual mereció que Jacob sirviera por ella tantos años á su padre Laban, padeciendo trabajos innumerables; porque tal es el intenso afan con que sus amadores estudian dilatado tiempo para lograr poseerla, habiendo muchos que le consagran toda su vida. Búscanla generalmente los hombres recios, y cuán dulce sea su hallazgo lo manifiesta la grandeza de las fatigas y estudios empleados en hallarla. Plácido y sobremanera deleitable debe ser su trato, pues jamás se cansan de estar con ella, de correr en pos de ella y de contemplarla de día y de noche,

como puede verse en las biografías de muchos sabios, que por su afecto á ella han adquirido inmortal celebridad. Su historia da márgen á figurarse el grandísimo placer que les causaba su nativa belleza. Y he dicho nativa, porque no necesita de ficticios adornos para agradar. No es como la mentira, que ha menester atavíos.

Para notar mejor su semejanza, supongamos á la mentira casada con el entendimiento. Primero, tiene celos si ve asomar á la verdad por las puertas de su casa, se inquieta y se le figura que viene á echarla á la calle para ponerse en su lugar; de aquí nace su enfado y su perpétua desconfianza. En segundo lugar, no se atreve á presentarse tal cual es, temiendo que la llamen fea, y anda siempre buscando aderezos y piedras falsas para colgárselas y deslumbrar con ellas. Es lo tercero, que sus hijas (que son las consecuencias que de ella se deducen) tampoco salen agraciadas, y tienen envidia á las verdaderamente hermosas. Es lo cuarto que muchas veces sonroja al entendimiento su marido, comprometiéndole con algunos dislates dichos delante de otras personas. Además, nunca le

satisface del todo, porque no puede satisfacer lo que no tiene un sér real, lo que es un vacío, lo que es una carencia de razón y de luz.

Dejando á un lado aquel supuesto casamiento, escaso de paz y falto de duraderas satisfacciones, é insistiendo algun tanto en que no puede producirlas, como la verdad, el error ó la mentira, aduciré un ejemplo en prueba de ello: ¿qué entendimiento reposará y gozará con la creencia ridícula de que este magnífico conjunto de maravillas que llamamos mundo, se hizo con la casual reunion de los átomos? Pues en semejante delirio, que en algunas cabezas de impíos ha cabido, no solo hay falta de razón, porque sin causa se presupone la existencia de dichos átomos y no hay quien les dé el impulso necesario para reunirse y armonizarse y concertarse maravillosamente y dividirse y subdividirse en una infinidad de séres diferentes y en una insumable muchedumbre de materias de naturaleza distinta, sino que en su casual reunion no hay grandor ni sublimidad, no hay belleza, como la hay admirable en la creacion del universo obrada por la divina Omnipotencia

segun con majestuosa sencillez se refiere en el Génesis.

Solo es bello lo verdadero, decia Boileau. Y esta sentencia, que es un axioma literario, es cierta aun fuera del campo de la literatura. Si la verdad es tan bella, hágala siempre suya el pensamiento, y su hermosura le hará feliz con aquel grado de felicidad de que es susceptible la vida del hombre sobre la tierra.

CAPÍTULO XXIII.

Explicase la manera con que la verdad forma la dicha de la mente.

¿Y cómo la verdad hará feliz al entendimiento? Al modo que la esposa excelente á su esposo. Por suyas tiene este las virtudes y bellísimas prendas de su esposa, y en esta figuracion consiste su dulce dicha. Y no sin motivo, no sin causa las tiene por suyas, porque en el matrimonio hay una mútua extension de sér; en la donacion reciproca que de sí mismos se hacen los esposos se verifica, si me es permitido decirlo, una reduplicacion del sér de cada uno; cada cual de ellos entra

en posesion de todo lo que es del otro; por manera que quien antes de casarse solo era hombre, despues de casado es en cierto sentido hombre y mujer, y la que en su soltería era solamente mujer, casándose viene á ser mujer y hombre, pues tiene todo lo suyo y todo lo de su marido, por lo cual se pone tambien el apellido de este por ser una misma cosa con él. Hé aquí lo que puede suministrarnos una idea de la union é identificacion del pensamiento con la verdad y del modo con que esta lo ennoblece, lo ensalza y le hace participante de toda su belleza.

¡Y cosa notable! El pensamiento es cabalmente quien mas toma de lo ajeno, pues en cierta manera se reviste de la forma, sustancia y modo de ser del objeto en que se fija, apropiándose hasta en el uso comun denominaciones que le cuadran perfectamente porque corresponden á las cosas que le han como investido de sí mismas; y así decimos pensamiento tétrico, oscuro, rápido, alegre, negro, triste, turbio, magnífico, sublime, tierno, amoroso, delicado, melancólico, enérgico, fuerte, ingenioso. Aunque estas denominaciones ó calificaciones expresan la forma con que se emi-

te, es de advertir que en tratándose del pensamiento, su forma no se diferencia de su esencia, pues no se expresa con sublimidad el pensamiento que en sí mismo no sea sublime, ni tiernamente el que en sí mismo no es tierno. Bien podría decirse que la expresión del pensamiento es el pensamiento mismo, pues su manifestación no altera su sér; así como Isidoro, Emilio ó Lúcio, es cuando sale á la calle el mismo que cuando está en su casa.

Es indudable que la mente considera como tesoro propio las verdades que posee, que las tiene á su disposición á todas horas y que hace de ellas el uso que mejor le parece. ¿Y no es esto ser dueño de una riqueza? ¿No es gozarla? Este dominio y posesión está en el mundo tan reconocido que por él se da un nuevo título á quien lo disfruta, del mismo modo que se llama rey al que tiene un reino y emperador al que tiene un imperio. Por esta razón al que posee verdades matemáticas se le da el título de matemático, el de médico al que sabe verdades relativas á la medicina, el de jurisconsulto al que sabe las de la jurisprudencia, y así de los demás que han adquirido tesoros de verdades de cierto géne-

ro, concediéndose el mas honorífico de sabio al que tiene estrecha amistad con diversos géneros de verdades, lo que equivale á decir que es un rey de ellas.

¿Y qué es una ciencia sino un regimiento de verdades de cierta clase con sus cabos, subtenientes, capitanes y comandantes, que son sus principios culminantes ó sus puntos radicales, los cuales mandan á sus respectivos soldados, que son las verdades de menor importancia y que dependen de ellos? Pues bien, el coronel del regimiento es el entendimiento, á quien todas ellas obedecen. Tampoco hay inconveniente alguno en que á este coronel se le haga general, ó rey, porque en efecto las verdades son sus vasallos serviciales, sumisos y obedientes.

CAPÍTULO XXIV.

Es fácil y extensivo á toda clase de personas el goce de la felicidad del pensamiento.

Se dirá que la mente se cansa y padece buscando la verdad y la belleza del pensamiento; mas no es así, porque la marcha de sus operaciones es muy rápida; y no necesita inventar máquinas de vapor para trasladarse con suma velocidad á visitar al querubín que rige el carro del sol ó al ángel que gobierna los mares, ó al que de día esconde las estrellas y de noche las saca á relucir. Lo que cansa, lo que fastidia, lo que aburre, lo que atormenta es la repetición de un mismo pensamiento enojoso, cual por ejemplo cualquiera de estos: si me aguardarán mis acreedores ó se les acabará la paciencia y me perseguirán judicialmente: si saldré bien de mi pleito: si se desgraciara este negocio: si me llevará al sepulcro esta enfermedad: si mi amor hallará correspondencia: si trabajaré

en vano; y otros de este jaez. Semejantes pensamientos son unos verdaderos verdugos cuando van y vienen, vuelven y revuelven, no quieren irse y se clavan como puñales envenenados.

Contra estos y otros de mala ley es la guerra, que hago abogando en favor de los buenos y hermosos. Mas no se crea que para ello sea preciso emplear todo el día en buscar la delicia de los pensamientos bellos; pues para esto siempre hay mas tiempo del que parece, sin desatender ningun género de obligaciones. Puede el hombre ponerse horizontalmente sobre un blando lecho, esperando que el amigo sueño venga á cerrarle los lasos ojos, y entre tanto deleitarse con algun provechoso y bellísimo pensamiento: puede pasear por entre calles de flores y respirar su regalado aroma y gozar de la frescura que le trae en una tarde de verano el embalsamado céfiro de los jardines; y entre tanto deleitarse con algun provechoso y bellísimo pensamiento: puede estar esperando á un amigo con los brazos cruzados y muy arrellanado sobre un sofá; y entre tanto deleitarse con algun provechoso y bellísimo pensamiento. Puede ir en una nave

el viajero con gentes desconocidas, cuyo idioma hable dificultosamente y con quienes no tenga mucha materia de conversacion, puede ir sorteando los balances, oyendo los bramidos de las olas y los zumbidos de los vientos y las voces de los marineros, y entre tanto deleitarse una y otra hora, uno y otro dia, una y otra semana con mil y mil provechosos y bellisimos pensamientos.

Está demás repetir que la dicha que proporcionan se halla al alcance de niños y de ancianos, de pobres y de ricos, de jóvenes solteras y de maridos maduros, de sábios y de ignorantes, de viudas y de casadas, porque los pensamientos buenos y hermosos pueden anidarse en las cabezas del noble y del plebeyo, del seglar y del sacerdote, del labrador y del marino, del soldado y de la vieja que pasa la vida hilando. Lo que sucede es que no se buscan esta clase de pensamientos, ó cuando vienen no se repara en el interior placer que los acompaña, es decir que se goza de ellos sin advertirlo; mas no por eso es menor el beneficio, ni debe ser menor el agradecimiento á los favores que nos hacen con solo su presencia.

CAPÍTULO XXV.

De un mal arbitrio para huir de ciertos pensamientos tenidos por tristes. Propónese otro medio mas eficaz para el intento.

Muchos siguen en la práctica el sistema de apartarse y huir, como de pensamientos tristes, de las grandes verdades que enseña nuestra adorable Religion; y así desechan la idea de la eternidad, la del juicio final, la del purgatorio, basílica de las expiaciones, la del infierno, abismo de los réprobos atormentados, y otras varias de altísima importancia. Por evitar su recuerdo se entregan á toda suerte de pasatiempos y diversiones mundanales. Y no consiguen su intento, porque no es posible andar siempre de fiesta; alguna vez se cansan los pies de bailar; no á todas horas hay tertulias ni agradables compañías; sucede con frecuencia que hasta los teatros fastidian; y el hombre se encuentra solo consigo mismo, y en medio del dia y aun entre los negocios,

ó en las mas silenciosas y altas horas de la noche, se presentan como importunas sombras esos terribles pensamientos de que existe un Dios que nos ha de juzgar, de que todas las honras, riquezas, placeres, amores, personas amadas y nuestra propia vida pasan y se disipan y de que es puerta de la eternidad la muerte inevitable.

Por mas que se haga, no es posible librarse de tales ideas, que aterran al que las aborrece. ¿Quién, por ejemplo, se olvidará de la muerte si en las calles siempre está viendo mujeres vestidas de luto, niños y ancianos que en el color de su traje van publicando que el sepulcro les ha arrebatado algun pariente? ¿Quién se olvidará de la muerte si uno le da la noticia del fallecimiento de un amigo, y otro le comunica la inesperada nueva de haber bajado á la tumba un potentado de la tierra, que hace muy poco imperaba con perfecta salud? ¿Quién se olvidará de la muerte si la semana pasada asistió á un funeral, y sin que hayan transcurrido siete dias, recibe otra esquela mortuoria con los emblemas lúgubres de un nuevo triunfo de la homicida universal? ¿Quién la olvidará si ayer perdió

un hermano, y hoy agoniza su padre, ó tiembla por la vida de su esposa cuando da á luz un niño entre zozobra y dolor?

Cierto que no es buen medio, porque es vano, el de huir de tales pensamientos tenidos por tristes. Se vienen sin llamarlos; y vienen con mas negros colores. Lo que conviene hacer para que no asusten y no entristezcan y lo único factible es despojarlos de su tristeza y terribilidad por medio de un cambio en la conciencia. En todos esos pensamientos está Dios como juez formidable; hágasele amigo, y se ha mudado la escena.

Si quereis ver comprobada esta verdad, trasladaos á otro campo; hablad con las almas virtuosas, observad de cerca todas sus respiraciones, y advertireis que con apacible serenidad os hablan de todo aquello que tan espantoso se muestra al que no es amigo de Dios. Leed las vidas de los Santos, y admirareis como saludan á la muerte cual á la aurora de su eterna dicha. Abrid los libros que la piedad ha dictado, y podreis notar que sus autores se entretenian largo tiempo en escribir muy detenidamente y con mucha paz acerca de todos esos misterios y terribilidades

de la muerte y de los eternos suplicios. Mirad á las delicadas vírgenes y á los ancianos virtuosos, mirad con cuán dulce semblante salen de la oracion, en que por espacio de una hora han estado contemplando esas gigantescas verdades terroríficas para otros y en extremo consoladoras para sus almas inocentes ó arrepentidas. Si; el estar bien con Dios, el tener la conciencia limpia es el único medio de no sufrir los abrumadores embates de esos pensamientos del fin del hombre, de la vanidad de las cosas terrenas, de la otra vida, del peligro de condenarse para siempre y de la ira omnipotente del Altísimo.

CAPÍTULO XXVI.

Un precepto de la ley natural. Un inmenso beneficio que hace la divina Providencia á nuestra mente. Las pasiones y el pensamiento.

Es un deber impuesto por la ley natural el de evitar todo lo que nos sea dañoso tanto al alma como al cuerpo. En lo relativo á

este último suele cumplirse la obligacion; en cuanto á lo que es nocivo al espíritu es mas desatendida; y no debiera serlo, porque es la parte principal del hombre. Sin embargo, la divina Providencia suple de un modo maravilloso á nuestra desatencion é ignorancia. Y expofeso he dicho ignorancia, porque el dolor nos advierte lo que tenemos de huir como dañino á nuestra corporal salud; mas en lo tocante al bienestar del espíritu la ceguera de la mayor parte de los hombres seria muy grande y muy deplorable, tanto por la falta de atencion á este objeto, como por la incapacidad de muchísimos para investigar y descubrir lo que les fuera perjudicial. Así la divina Providencia ha hecho ostencion de sus inefables misericordias con suplir á estas dos faltas dictando é imponiendo reglas morales, que no solo son un bien en sí mismas, porque contribuyen al orden y á los fines excelsos, con que el Altísimo creó los espíritus humanos, sino tambien porque observadas hacen su felicidad aun en este mundo.

En efecto, los preceptos morales encierran el bien y la dicha actual del pensamiento, porque le apartan de las fuentes envenenadas,

en que habia de beber angustiantes inquietudes, amarguras sin cuento y mil mortíferos brevajes de dolores. Solo una funesta y repetida experiencia podria, aunque tarde, enseñarle lo que le daña, si tan fatal experiencia iba acompañada de profundas y reflexivas observaciones. Empero experimentar lo malo siempre es malo. Aprender á tanta costa seria muy duro. Seria lo mismo que perderse entre las malezas espinosas, altibajos peligrosos, piedras puntiagudas y derrumbaderos de un monte inculto por hallar la vereda por donde podia subirse sin tropezar en tan amenazadores obstáculos. Ha abreviado el camino la Providencia al señalar las sendas escabrosas que han de dejarse; solo ella conocia toda su maldad perfectamente; solo ella tenia bastante amor y sabiduría para librarnos de tales peligros, mandándonos que no pusiésemos el pié en terrenos volcánicos; solo ella contaba con medios capaces de sacarnos de entre las garras de esos leones domésticos, que llamamos pasiones.

Son de suyo perturbadoras; y por lo mismo no tiene el alma mas temibles enemigos. Dios al imponernos el deber de reprimirlas

remueve un poderoso obstáculo, que se oponia á nuestra interna felicidad, pues hieren con mas constancia y mas adentro por expresarme así. Los enemigos externos no abarcan tanto; no se apoderan de todo el hombre, porque el alma que no puede sujetarse con cadenas materiales, siempre se halla libre, ilesa, por mas que el cuerpo sufra azotes ó gima en un cepo. En el pensamiento radican las pasiones; pues aunque vulgarmente se considera el corazon como el foco y la víctima de ellas, hablando en rigor filosófico, este no es mas que una entraña, que deja de sentir las, de moverse y palpitar en el momento en que el alma la abandona. Esta le comunica sus impresiones, pero antes las recibe ella de las pasiones que la agitan. Ahora bien, la aficcion y amargura del alma se siente en el pensamiento, radica en el pensamiento, vive en el pensamiento. Y en prueba de ello, dejad de pensar en lo que os angustia, y habrá desaparecido vuestra aficcion. Está uno triste mientras dura el pensamiento triste. Con respecto á las pasiones podria decirse que le dan su forma y su naturaleza, transmutándolo en sí; pónenlo inquieto y feo como ellas son in-

quietas y feas. Para estorbar sus maleficios entra la Religion á disputarles el terreno en el pensamiento, y á darle luz, armonía, orden, sosiego, placidez, rectitud, justicia, bondad y sabiduría, desterrando todos sus adversarios.

CAPÍTULO XXVII.

Cuán contrario es el orgullo á la felicidad del pensamiento.

Para descubrir mas individualmente los beneficios que la religion nos dispensa al intimarnos guerra á las depravadas pasiones, raices de todos nuestros males, demos una ojeada á las que se consideran como fuentes de las demás. Es la primera aquella que hizo caer al abismo la tercera parte de las estrellas del firmamento, convirtiendo su inefable felicidad en desventura eterna é infinita, y al hombre criado en un paraiso de delicias arrojó á una tierra de espinas, en que dominan el dolor y la muerte. Es la soberbia. Atribúyese esta pasion unos derechos que no tiene, pretendiendo honras y otras cosas injustas; por consiguiente hay aquí un desquiciamiento

de la justicia, una suposicion falsa de un mérito que no existe, de unos derechos usurpados; ahora bien, por lo mismo que son usurpados no los reconocen los demás hombres; y esta falta de reconocimiento por parte de otros lastima, hiere y despedaza el ánimo del soberbio. Por manera que busca en sus ilusiones una causa de choque: los demás no las tienen acerca de su persona ó de sus cualidades, y por eso no las honran como él quisiera. Esto le es amargamente sensible, y su vida una cadena de tormentos interiores. En su concepto siempre está desairado, siempre se le niega lo que juzga merecer. En semejante estado no hay para él mas que afliccion y torturas insufribles. Se halla en su corazon un perenne vacío, porque siempre ambiciona, y como anhela lo que no le es dable alcanzar, no lo consigue. Su pensamiento siempre burlado es su verdugo implacable.

Además de estos suplicios internos, como su pasion es transparente, dejándose conocer hasta en las miradas, y consiste en despreciar á otros, en exigirles homenaje mayor del que le deben, y en disputarles el puesto de preferencia, queriéndose colocar en el mas elevado,